

No. 12 - Julio - 1953



REVISTA INFANTIL NACIONAL

TOMO II

Un Hombre de Bien

Si pudiéramos adentrarnos en el alma de un hombre de bien, ¡qué belleza descubriríamos en ella! Divisaríamos que a la tranquilidad se une la majestad. La veríamos alumbrada y enaltecida por la justicia, la fuerza, la templanza y la prudencia. En ella encontraríamos la frugalidad, la moderación, la indulgencia, la comodidad, la cortesía y hasta la humanidad que, en contra de lo que debía suponerse, tan contadas veces hállase en el hombre. ¡Como la previsión, el buen gusto, la elegancia y la alteza de alma en dulce consorcio se revisten de brillo y autoridad!

SENECA.



Revista Infantil Nacional
Publicada por la
FILIAL DE ANDE
Cantón Central de Heredia

Directora:
EVANGELINA GAMBOA

Administración:
GUILLERMO SOLERA R.
VILMA HERRERA MADRIZ

San José — Costa Rica

Sumario:

Un hombre de bien	1
El niño desvelado	2
Meñique	3
Leonardo Da Vinci	9
Tía Zorra sirve de caballo a Tío Conejo.	10
Elegía del niño marinero	13
Página de los niños	15
Matinal	16

JULIO 1953

NUMERO 12

Maderas: Francisco Amighetti.

Dibujos a pluma: Juan Manuel Sánchez.

VALE:

¢ 0.20

El niño desvelado

El gallo madruga y canta.

Los patitos se levantan
con la luz de la alborada.

¡Tempranito van al agual

Si no te duermes mi niño,
no se abrirá la mañana,

¡Ni veremos los patitos
cuando se metan al agual

FERNANDO LUJAN



Meñique

(Continuación).

V.

En el palacio estaban de gran fiesta, sin acordarse de Meñique, ni de que le debían el agua y la luz; cuando de repente oyeron un gran ruido, que hizo bailar las paredes, como si una mano portentosa sacudiese el mundo. Era el gigante, que no cabía por el portón, y lo había echado abajo de un puntapié. Todos salieron a las ventanas a averiguar la causa de aquel ruido, y vieron a Meñique sentado con mucha tranquilidad en el hombro del gigante, que tocaba con la cabeza el balcón donde estaba el mismo rey. Saltó al balcón Meñique, hincó una rodilla delante de la princesa y le habló así:—«Princesa y dueña mía, tú deseabas un criado y aquí están dos a tus pies».

Este galante discurso, que fué publicado al otro día en el diario de la corte, dejó pasmado al rey, que no halló excusa que dar para que no se casara Meñique con su hija.

—Hija—le dijo en voz baja,—sacrígate por la palabra de tu padre el rey.

—Hija de rey o hija de campesino—respondió ella,—la mujer debe casarse con quien sea de su gusto. Déjame, padre, defenderme en esto que me interesa. Meñique—siguió diciendo en voz alta la princesa:—eres valiente y afortunado, pero eso no basta para agradar a las mujeres.

—Ya lo sé, princesa y dueña mía; es necesario hacerles su voluntad, y obedecer sus caprichos.

—Veo que eres un hombre de talento—dijo la princesa.—Puesto que sabes adivinar tan bien, voy a ponerte una última prueba, antes de casarme contigo. Vamos a ver quien es más inteligente, si tú o yo. Si pierdes, quedo libre para ser de otro marido.

Meñique la saludó con gran reverencia. La corte entera fué a ver la prueba a la sala del trono, donde encontraron al gigante sentado en el suelo con la alabarda por delante y el sombrero en las rodillas, porque no cabía en la sala de lo alto que era. Meñique le hizo una seña, y él echó a andar acurrucado, tocando el techo con la espalda y con la alabarda a rastras, hasta que llegó a donde estaba Meñique, y se echó a sus pies, orgulloso de que vieran que tenía a hombre de tanto ingenio por amo.

—Empezaremos con una bufonada—dijo la princesa.

—Cuentas que las mujeres dicen muchas mentiras. Vamos a ver quien de los dos dice una mentira más grande.

El primero que diga: «Eso es demasiado» pierde.

—Por servirte, princesa y dueña mía, mentiré de juego y diré la verdad con toda el alma.

—Estoy segura—dijo la princesa,—de que tu padre no tiene tantas tierras como el mío. Cuando dos pastores tocan el cuerno en las tierras de mi padre al anochecer, ninguno de los dos oye el cuerno del otro pastor.

—Eso es una bicoca—dijo Meñique.—Mi padre tiene tantas tierras que una ternera de dos meses que entra por una punta es ya vaca lechera cuando sale por la otra.

—Eso no me asombra—dijo la princesa.—En tu corral no hay un toro tan grande como el de mi corral. Dos hombres sentados en los cuernos no pueden tocarse con un agujón de veinte pies cada uno.

—Eso es una bicoca—dijo Meñique.—La cabeza del toro de mi casa es tan grande que un hombre montado en un cuerno no puede ver al que está montado en el otro.

—Eso no me asombra,—dijo la princesa.—En tu casa no dan las vacas tanta leche como en mi casa, porque nosotros

llenamos cada mañana veinte toneles, y sacamos de cada ordeño una pila de queso tan alta como la pirámide de Egipto.

—Eso es una bicoca—dijo Meñique.—En la lechería de mi casa hacen unos quesos tan grandes que un día la yegua se cayó en la artesa, y no la encontramos sino después de una semana. El pobre animal tenía el espinazo roto, y yo le puse un pino de la nuca a la cola, que le sirvió de espinazo nuevo. Pero una mañanita le salió un ramo al espinazo por encima de la piel, y el ramo le creció tanto que yo me subí en él y toqué el cielo. Y en el cielo ví una señora vestida de blanco, trenzando un cordón con la espuma del mar. Y yo me así del hilo, se me reventó, y caí dentro de una cueva de ratones. Y en la cueva de ratones estaban tu padre y mi madre, hilando cada uno en una rueca, como dos viejecitos. Y tu padre hilaba tan mal que mi madre le tiró de las orejas hasta que se le cayeron a tu padre los bigotes.

—¡Eso es demasiado!—dijo la princesa.—¡A mi padre el rey, nadie le ha tirado nunca de las orejas!

—¡Amo, amo!—dijo el gigante.—¡Ha dicho! «¡Eso es demasiado!» La princesa es nuestra.

VI

—Todavía no—dijo la princesa, poniéndose colorada.—Tengo que ponerte tres enigmas, a que me los adivines, y si adivinas bien, en seguida nos casamos. Dime primero: ¿qué es lo que siempre está cayendo y nunca se rompe?

—¡Oh!—dijo Meñique; mi madre me arrullaba con ese cuento: ¡es la cascada!

—Dime ahora—preguntó la princesa, ya con mucho miedo:

—¿Quién es el que anda todos los días el mismo camino y nunca se vuelve atrás?

—¡Oh!—dijo Meñique;—mi madre me arrullaba con ese cuento: ¡es el sol!

—El sol es—dijo la princesa, blanca de rabia.—Ya no queda más que un enigma. ¿En qué piensas tú y no pienso yo?

¿qué es lo que yo pienso, y tú no piensas? ¿qué es lo que no pensamos ni tú ni yo?

Meñique bajó la cabeza como el que duda, y se le veía en la cara el miedo de perder.

—Amo—dijo el gigante,—si no adivinas el enigma no te calientes las entendederas. Hazme una seña y cargo con la princesa.

—Cállate criado—dijo Meñique:—Bien sabes tú que la fuerza no sirve para todo. Déjame pensar.

Princesa y dueña mía—dijo Meñique, después de unos instantes en que se oía correr la luz.—Apenas me atrevo a decifrar tu enigma, aunque veo en él mi felicidad. Yo pienso en que entiendo lo que me quieres decir, y tú piensas en que yo no lo entiendo. Tú piensas como noble princesa que eres, en que este criado tuyo no es digno de ser tu marido, y yo no pienso que haya logrado merecerte. Y en lo que ni yo ni tú pensamos es en que el rey tu padre y este infeliz gigante tienen tan pobres...

—Cállate—dijo la princesa,—aquí está mi mano de esposa, marqués Meñique.

—¿Qué es eso que piensas de mí, que lo quiero saber?—preguntó el rey.

—Padre y señor—dijo la princesa, echándose en sus brazos,—que eres el más sabio de los reyes, y el mejor de los hombres.

—Ya lo sé, ya lo sé—dijo el rey,—y ahora, déjenme hacer algo por el bien de mi pueblo. ¡Meñique, te hago duque!

—¡Viva mi amo y señor, el duque Meñique! gritó el gigante, con una voz que puso azules de miedo a los cortesanos, quebró el estuco del techo, e hizo saltar los vidrios de las seis ventanas.

VII

En el casamiento de la princesa con Meñique no hubo mucho de particular, porque de los casamientos no se puede decir al principio, sino luego, cuando empiezan las penas de la vida y se ve si los casados se ayudan y quieren bien, o si son egoístas y cobardes. Pero el que cuenta el cuento tiene que decir que el gigante estaba tan alegre con el matrimonio de su amo

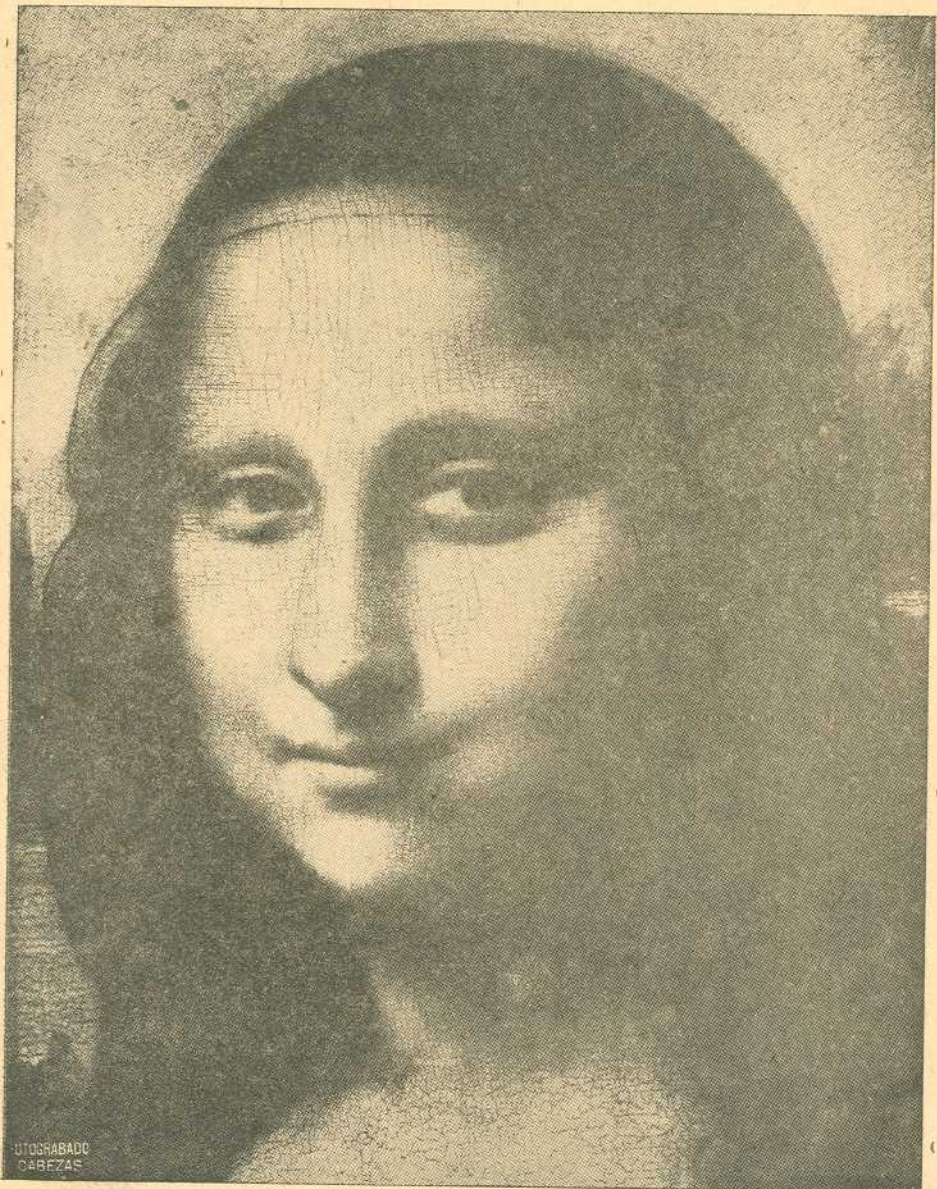
que le iba poniendo su sombrero de tres picos a todos los árboles que encontraba, y cuando salió el carruaje de los novios, que era de nácar puro, con cuatro caballos mansos como palomas, se echó el carruaje a la cabeza, con caballos y todo, y salió corriendo y dando vivas, hasta que los dejó en la puerta del palacio, como deja una madre a su niño en la cuna. Esto se debe decir, porque no es cosa que se vé todos los días.

Por la noche hubo discursos, y poetas que les dijeron versos de bodas a los novios, y lucecitas de color en el jardín, y juegos artificiales para los criados del rey, y muchas guirnaldas y ramos de flores. Todos cantaban y hablaban, comían dulces, bebían refrescos olorosos, bailaban con mucha elegancia y honestidad al compás de una música de violines, con los violinistas vestidos de seda azul, y su ramito de violeta en el ojal de la casaca. Pero en un rincón había uno que no hablaba ni cantaba, y era Pablo, el envidioso, el paliducho, el desorejado, que no podía ver a su hermano feliz, y se fué al bosque para no oír ni ver, y en el bosque murió, porque los osos se lo comieron en la noche oscura.

Meñique era tan chiquitín que los cortesanos no supieron al principio si debían tratarlo con respeto o verlo como cosa de risa; pero su bondad y cortesía se ganó el cariño de su mujer y de la corte entera, y cuando murió el rey, entró a mandar, y estuvo de rey cincuenta y dos años. Y dicen que mandó tan bien que sus vasallos nunca quisieron más rey que Meñique, que no tenía gusto sino cuando veía su pueblo contento, y no les quitaba a los pobres el dinero de su trabajo para dárselo, como otros reyes, a sus amigos holgazanes, o a los matachines que lo defienden de los reyes vecinos. Cuentan de veras que no hubo rey tan bueno como Meñique.

Pero no hay que decir que Meñique era bueno. Bueno tenía que ser un hombre de ingenio tan grande; porque el que es estúpido no es bueno, y el que es bueno no es estúpido. Tener talento es tener buen corazón; el que tiene buen corazón, ese es el que tiene talento. Todos los pícaros son tontos. Los buenos son los que ganan a la larga. Y el que saque de este cuento otra lección mejor, vaya a contarla a Roma.

Contado por José Martí



FOTOGRAFADO
CABEZAS

LA GIOCONDA

Leonardo Da Vinci.

Leonardo Da Vinci

El año pasado se celebró el quinto centenario del nacimiento de uno de los hombres más extraordinarios que ha producido la especie humana.

Fué matemático, geólogo, botánico, físico, escritor y pintor; no hubo ramo del conocimiento humano que no le interesara, realizando fecundas investigaciones.

Compraba pájaros que soltaba en el aire para estudiar su vuelo, soñando siempre con crear un inmenso pájaro mecánico en donde el hombre pudiera remontar el espacio.

Estuvo en varias ciudades italianas y murió en Francia en 1519.

Viajaba llevando todos sus dibujos: vírgenes, niños, caballos, y toda clase de diseños de máquinas en los que aparecen observaciones que él anotaba cuidadosamente y que eran el fruto de su trabajo continuo.

Antes de empezar un cuadro preparaba siempre una serie de dibujos, por eso se explica que hayan quedado de él pocas obras pintadas y en cambio se conserven gran cantidad de sus dibujos.

Le interesó mucho, en la naturaleza, el agua, que lo hizo objeto predilecto de sus observaciones. Como pintor quiso comunicarle a sus figuras, el encanto que da al rostro humano la sonrisa, por eso es famoso un retrato que pintó en Florencia conocido con el nombre de *La Gioconda*.

Es también el autor de una *Santa Cena* que lo hizo famoso y para la que buscando el tipo que más se acercara a Judas dibujaba las gentes reclusas en las cárceles.

Leonardo ha sido una de las inteligencias más claras, de las almas más sensibles y un ejemplo de la curiosidad humana vertida constantemente en el trabajo, como fin único de su vida.



Tía Zorra sirve de caballo a Tío Conejo

Tía Ganza invitó a su cumpleaños a todos los animales que vivían en la vecindad.

Alistaron sus vestidos más lindos porque querían presentarse muy bien y además, comportarse como niños educados: no ladrar, no gruñir, no morder, no arañar.

El día de la fiesta, muy de mañana, saltó Tío Conejo de la cama. Cepilló su pelo, de la cabeza a los pies, cepilló su cola y sus orejas y rizó sus bigotes.

Mirándose al espejo, guiñó un ojo diciéndose: seré el primero de la fiesta.

Se puso el sombrero y cuando iba a abrir la puerta oyó ruido de hojas.

—¡Hmn! dijo parando las orejas, y entreabriendo la ventana miró, y ahí cerca vió moviéndose la cola de Tía Zorra.

Tío Conejo pensó: —Tía Zorra viene a buscarme para hacerme daño, está celosa, porque sabe que seré el primero, tan cierto es lo que pienso, como que me llamo Tío Conejo.

Se quedó pensando y luego comenzó a quejarse.

—¡A-a-a-a-ay! ¡A-a-a-a-ay! ¡Estoy muy enfermo! ¡Me siento muy mal!

Tía Zorra escuchó. ¿Cómo? ¿Tío Conejo está enfermo? ¿Y mi plan? Tocó la puerta: toc, toc.

—¡A-a-a-a-ay! ¡A-a-a-a-ay! ¿Quién llama a mi puerta?

—Tía Zorra, tu buena amiga que viene a llevarte a la fiesta.

—Gracias, Tía Zorra, estoy muy mal, no puedo ir.

—Vamos Tío Conejo, que pronto estarás bien.

—¡Oh, no! Yo estoy muy enfermo. ¡A-a-a-a-ay!

Tía Zorra no sabía que hacer. Caminaba de un lado para otro pensando... Me lo llevaré, y cuando lleguemos al puente, lo arrojaré al río. Como está tan enfermo, es seguro que se ahogará en un decir amén. Ahora, a hacerlo salir de la casa.

Tocó la puerta de nuevo: toc, toc, y con mucha dulzura dijo:

—Tío Conejo, la fiesta no estará alegre si tú no vienes, y recuerda, que Tía Ganza y los amigos te esperan.

—Pero no puedo ir, no puedo ni caminar, me siento tan mal.

—Eso no importa Tío Conejo porque yo te llevaré en mis brazos.

—No, me da mucho miedo, me dejarás caer.

—No te dejaré caer, pero si tienes miedo te llevaré sobre mi espalda.

—Gracias Tía Zorra. Siempre tengo miedo. Soy un conejito muy enfermo y me puedo caer. Te acompañaré si te pones riendas y una montura, porque yo sé montar sólo en caballos ensillados.

A Tía Zorra no le agradó la idea de ser caballo para Tío Conejo, pero no había otro medio de llevarlo.

—Tío Conejo, sobre mí pondré una silla de montar y te llevaré, pero eso sí, sólo llegaremos hasta medio puente, de ahí seguirás con tus pies.

—Bien, te lo agradezco. Tal vez en el puente me sienta mejor.

Corrió Tía Zorra a ensillarse, y mientras tanto, Tío Conejo buscó un par de espuelas, cogió un ramo de flores, tomó su banjo y se envolvió en una cobija de franela.

Cuando oyó venir a Tía Zorra galopando salió a la puerta. Y ahí venía Tía Zorra como un caballito de circo.

—Deja esa cobija y ven a montarte.

—No, porque estoy temblando y no quiero pescar un resfriado.

Y de un salto Tío Conejo se montó en Tía Zorra. Y antes de que caminara le dijo:

—Camina despacio, piensa que estoy muy enfermo y que si corres puedo morir en el camino.

—Descuida, que yo caminaré con paso fino.

Ya se hacía largo el camino cuando vieron el río a lo lejos y pocos minutos después llegaron al puente.

En medio puente Tía Zorra dijo:

—Hemos llegado.

—Espérame un momento, y rápidamente se colocó las espuelas.

En el instante en que Tía Zorra fué a inclinarse para arrojar el conejito al río sintió las espuelas que punzaban su cuerpo y oyó los gritos de Tío Conejo:

—¡Arre caballito! ¡Arre! ¡A llegar a tiempo a la fiesta!

Y Tía Zorra no pudo hacer más que trotar y trotar, las punzadas de las espuelas eran muy dolorosas.

—Tío Conejo iba muy alegre, con el sombrero en la mano, gritando ¡Guipeee! ¡Guipeee!

Cuando se acercaban a la casa de Tía Ganza los animales que los vieron venir exclamaron: ¡Vean a Tío Conejo montado en Tía Zorra! ¡Bravo Tío Conejo!

Bajó Tío Conejo de su cabalgadura, saludó con una reverencia, obsequió el ramo de flores a Tía Ganza y dirigiéndose a los animales les dijo:

—Excúsenme un momentito, mientras ato a mi caballo.

Luego vino a sentarse entre los animales que lo recibieron con muestras de admiración, y tomando su banjo entonó este canto:

Aquí vine señores
 en un caballo fino,
 en Tía Zorra montado
 no he sentido el camino.
 Tra la la la
 que buen caballo tengo,
 Tra la la la
 que buen jinete soy.



ELEGIA DEL NIÑO MARINERO

Rafael Alberti.

Marinerito delgado
Luis Gonzaga de la mar,
qué fresco era tu pescado
acabado de pescar!

Te fuiste, marinerito,
en una noche lunada,
tan alegre, tan bonito,
cantando a la mar salada!

Qué humilde estaba la mar!
El cómo la gobernaba!
Tan dulce era su cantar
que el aire se enajenaba.

Cinco delfines remeros
su barca le cortejaban.
Dos ángeles marineros,
invisibles le guiaban.

Tendió las redes, qué pena!
por sobre la mar helada.
Y pescó la luna llena,
sola, en su red plateada.

Qué negra quedó la mar!
la noche qué desolada!

¡AYUDE A ENCONTRARLOS!



Piensa que su amigo *El Gordo*
se escondió o se hace el sordo.



No encuentran sus lindos ojos
a su esposo con anteojos.

Concurso de Composiciones y Dibujos

Con el propósito de recibir la colaboración de otros
niños que desean participar en el Concurso de

Composiciones y Dibujos

ampliamos el término para recibir los trabajos hasta
el 15 de julio del presente año.

El resultado del Concurso se dará a conocer en el
FAROLITO correspondiente al mes de agosto.

PAGINA DE LOS NIÑOS



Niñas del V Grado A.
de la Escuela América, leyendo FAROLITO.

LA PRIMAVERA

Entra la primavera
y el campo reverdecido
llena de alegría
el alma del sembrador.

Caen las primeras lluvias
y humedecen la tierra
los pajarillos cantan
alegrando las praderas.

Salió el sol esplendoroso
con sus rayos de oro
bañando con su luz
la vida nueva.

Eduardo Vargas A.

Escuela Porfirio Brenes.—San José.



MATINAL

Fernando Luján.

El gallito mañanero,
con su clarín de alegría
anuncia que viene el ángel
a cortar las rosas blancas
para la Virgen María.

¡Las rosas blancas, mi niña,
de la alba jardinería!